

No other land, ¿hay que ser judío para criticar a Israel?

No other land, do you have to be Jewish to criticize Israel?



Varios palestinos buscan entre los escombros de la torre Al Ghafari tras su destrucción por ataques aéreos israelíes, el 15 de septiembre de 2025 en la ciudad de Gaza. Fotografía de Omar al Qattaa / AFP

Recibido: 14/03/2025

Aceptado: 17/03/2025

Publicado: 30/09/2025

Luis E. Sabini Fernández

Docente argentino del área de Ecología y Derechos Humanos de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Periodista y editor de la Revista Futuros.

Resumen

El 2 de marzo de 2025, *No Other Land* ganó el Oscar al mejor largo documental. Sus realizadores son el palestino Basel Adra y el israelí Yuval Abraham, quienes retratan la ocupación en Cisjordania. En Estados Unidos, el filme no consiguió distribuidor, por lo que se proyectó en muy pocas salas de ese país, a pesar de que había ganado el premio al mejor documental en el Festival de Berlín de 2024. Sus autores realizaron grabaciones hasta octubre de 2023, en que se observan a militares y colonos que asesinan a palestinos. También aparecen hormigoneras llenas de cemento que tapan pozos de agua. Las excavadoras destruyen una humilde escuela de un solo piso. Hay lágrimas de niños pequeños ante la violencia y el odio de los israelíes. Al recibir el premio, Adra señaló: «Espero que mi hija no tenga que vivir la misma vida que estoy viviendo yo, siempre bajo vigilancia, con invasiones, desplazamientos y una ocupación. Esta película refleja la realidad tan cruda en la que llevamos viviendo décadas. Pedimos acciones para acabar con esta injusticia y la limpieza étnica del pueblo palestino».

Palabras claves

Medio Oriente, sionismo, conflictividad, territorios palestinos ocupados, limpieza étnica.

Abstract

On March 2, 2025, *No Other Land* won the Oscar for best documentary feature film. Its directors are Palestinian Basel Adra and Israeli Yuval Abraham, who portray the occupation in the West Bank. In the United States, the film did not find distributors, so it was screened in very few theaters in that country, despite the fact that it had won the award for best documentary at the Berlin Film Festival in 2024. Its authors made recordings until October 2023, in which military and settlers are seen murdering Palestinians. Concrete mixers full of cement also appear, plugging water wells. Bulldozers destroy a humble one-story school. Tears of young children appear in the face of Israeli violence and hatred. Upon receiving the award, Adra declared: «I hope my daughter will not have to live the same life as me, always under surveillance, with invasions, displacements and an occupation. This film reflects the harsh reality we have been living in for decades. We call for action to end this injustice and ethnic cleansing of the Palestinian people».

Keywords

Middle East, zionism, conflict, Occupied Palestinian Territories, ethnic cleansing, ethnic cleansing.

Como con la pipa de René Magritte, que no es una pipa, lo que usted va a leer no es una reseña cinematográfica; es, procura ser, un abordaje geopolítico, escudriñando los aventajados y los perjudicados, por el emprendimiento.

Las escaramuzas ideológicas que han sobrevenido con la premiación hollywoodense a *No other land* (No hay otro país), una documental elaborada por dos palestinos (no judíos) y dos judíos israelíes, nos revela, una vez más, las múltiples vías de legitimación sionista en nuestro polifacético universo, en el cual —pese a la enorme diversidad comunicacional y al extraordinario aporte que significa la filmación y difusión en vivo de muchos de nuestros presentes; los de la humanidad (al menos la digitalizada)— y que las usinas ideológicas de la sociedad contemporánea; la del sionismo judío en primer lugar, conservan su predominio mediático.

El episodio *No other land* tiene varias capas superpuestas de interpretación: en primer lugar, la película premiada con un Oscar ha sido presentada como fruto de dos jóvenes que no exceden la treintena de años; uno palestino —Basel Adra— y uno judío israelí —Yuval Abraham—, como si para facilitar la captación mediática se hubiera simplificado la autoría. Poniendo bajo las candilejas a Yuval y a Basel, los jovencitos bien vestidos e igualados con los trajes negros *ad usum* para Oscar.

La propaganda nos omite así la existencia de un equipo compuesto además por Hamdan Ballal, otro palestino, no tan joven, documentalista de profesión, dedicado precisamente a documentar los despojos de su tierra a manos de un sionismo hipermilitarizado, y por Rachel Szor, otra cineasta jovencita, israelí.

Sin duda, la intención mediática ha sido igualar figuras. Basta verlos con los Oscar en la mano para darse cuenta. Y si no hay nada igual ni igualable es, precisamente, el conflicto generado con la llegada del sionismo a Palestina a fines del siglo XIX.

Poco a poco, se fue procesando el abismo que hoy separa a judíos israelíes y palestinos (palestinos de cualquier credo, salvo tal vez, judío). Porque en el mismo territorio pervivió una sociedad histórica —la de los palestinos—, digamos espontáneamente, con sus problemas, crisis, desafíos y condición geopolítica (Palestina era una provincia dentro del imperio turco y carecía de una capa de propietarios fuerte y propia), y una sociedad, nueva, la sionista, no histórica sino de diseño, proyectada para implantar en el mismo territorio mediante usurpación, debidamente calificada con lenguaje bíblico, como «redención».



No Other Land es el recuento del apabullante y catastrófico proceso de despojo, acoso, hostigamiento, demolición de hogares y eliminación de medios de supervivencia de que son víctimas los palestinos en las tierras ocupadas. A través de esa comunidad vemos el tratamiento cruel e indiferente de las autoridades, civiles y soldados israelíes, así como la depredación sistemática y gradual de los pueblos árabes en el proceso de ser borrados para ser sustituidos por asentamientos de colonos israelíes, en su mayoría fundamentalistas fanáticos. Fotografía: Filmin.

Con un diseño señorial de progresivo asentamiento. Lo de «la redención» es crucial porque el sionismo se permitirá los mayores abusos mediante la santificación de sus fines: redención de la tierra es quitársela a «infiel» para que, adueñada por judíos, la tierra se sienta bien: una mistificación ideológica que irá labrando su huella psicológica en los judíos, ellos mismos santificados, haciendo posible cualquier comportamiento; es decir, cualquier abuso o delito.

A lo largo de las décadas, lentamente, al estilo constrictor, el sionismo irá ahogando la vida social, espontánea, de la sociedad palestina que

alberga en su seno esta otra formación social no clandestina, pero reservada. Esta nueva entidad irá tomando más y más funciones e instancias de la sociedad general. En la década de 1920, el sionismo inaugura una universidad hebrea. Palestina todavía no contaba con universidad propia. El carácter satélite de la sociedad palestina dentro del universo musulmán la hacía sociedad periférica. El Islam disponía de otros centros culturales, religiosos y universitarios (aunque sí, contaba y cuenta con un epicentro islámico de primer orden en Palestina; la mezquita Al Aqsa; una de las más intensas expresiones de la crisis porque el judaísmo tiene en el vecino a la mezquita

Muro de los Lamentos, un sitio privilegiado propio, que colinden inevitablemente).

El estado forjado paso a paso por el sionismo dentro de la sociedad palestina, de impronta musulmana, ha crecido tanto que, a la llegada del siglo XXI, lo que queda de la sociedad palestina son vecindarios seccionados y aislados entre sí, caminos de interconexión sin mantenimiento alguno, progresivamente bloqueados o interceptados por los múltiples checkpoints, carreteras destrozadas que apenas permiten el paso de un carro con ruedas grandes tiradas por burros y de algún vehículo destartado, en tanto autos y camiones se despliegan raudos en las carreteras que unen las ciudades, pueblos y barrios israelíes.

Palestina ha sido así fragmentada, aislada, despedazada. Desde 2006, por haber votado «mal» de acuerdo con los intereses de los dueños del poder, Gaza pasa a ser considerada «irrecuperable» e Israel decreta su pena de muerte (el resto de Palestina es «recuperado» mediante

fraude y violencia por «las autoridades»). Dado el volumen de la población, la pena de muerte se efectuará escalonadamente...

Desde esas elecciones, únicas veraces y confiables desde mucho tiempo atrás, la Franja será aislada por completo: no hay acceso ni por mar —ni una sola de las Flotas de la Libertad, que buscaban acercarse solidariamente logrará su cometido—, ni por aire —el aeropuerto financiado generosamente por la asistencia española será bombardeado e inutilizado todo su instrumental por Israel; tampoco por tierra. Allí, los pasos son todos controlados por Israel, salvo los que hay con Egipto, que serán a su vez celosamente controlados (mediante el condicionamiento financiero israelí del gobierno egipcio).

Desde 2006, entonces, comienza la agonía gazatí, más acentuada todavía que la generalizada de todo el maltratado territorio palestino.

Control absoluto de los alimentos, del agua, de los medicamentos, mobiliarios, libros.



Basel Adra, Rachel Szor, Hamdan Ballal y Yuval Abraham reciben el premio Oscar a la mejor película documental.
Carlos Barria (Reuters)

Todo este proceso genocida, lo puede ver quien quiera dirigir su mirada a Palestina. Y a Gaza. Y lo hemos visto desde cualquier continente; desde Asia, o América, o incluso desde Israel. Así lo ha visto Yuval Abraham, el periodista laureado con este Oscar. En abril 2024 escribió un artículo que publicaron la revista-e +972 Magazine, de Estados Unidos y Viento Sur, de España: «"Lavender" la máquina de IA que dirige los bombardeos israelíes en Gaza».

Parco de juicios, generoso de información, el joven exhibe la monstruosa máquina de matar que los mandos israelíes han dejado librada a

puros mecanismos: echar bombas a sospechosos de listas infinitas de hogares palestinos que podrían, pudieron, pudieran estar vinculados con alguien que alguna vez tiró una piedra o hizo una protesta. Echar tales bombas, si son «bobas» contra todo tipo de blanco; si son «inteligentes» a cuadros sindicados como organizadores de la resistencia. «Un dispositivo especial que pueda procesar con rapidez cantidades masivas de datos para generar miles de potenciales "objetivos" de ataques militares», tratando tales listados «como si de decisiones humanas se tratase».

Por ejemplo, se dispuso que: «que por cada agente subalterno de Hamás señalado por Lavender se permitía matar hasta 15 o 20 civiles [...] Las fuentes añaden que cuando el objetivo ha sido un alto cargo de Hamás, el ejército ha autorizado en varias ocasiones la muerte de más de 100 civiles en el curso del asesinato de un solo mando».

Abraham nos muestra que el objetivo en todos los casos es el exterminio de los palestinos. Porque ¿qué son los 15 o 100 civiles sacrificados en cada asesinato que les resulta atractivo? Población, seres humanos, niños, esposas, abuelos.

Abraham es un judío de buen corazón. Como fueron los refuseñik que se negaron a participar en las matanzas colectivas de Israel en 2008 y 2009 («Operación Plomo fundido») o en la sangrienta incursión, también a Gaza, en 2014. Como lo fueron conscriptos encarcelados que han generado otro grupo refractario a la rapiña sionista: «Anarquistas contra el muro». Pero atenti: estos últimos se autocalifican como «un puñado» y las cartas de los refuseñik han sido firmadas por 52: el ejército israelí ronda entre 150 mil y 200 mil combatientes. Que además se valen de toda una serie de tecnodispositivos, como la Cúpula de Hierro, el ya citado Lavender o el programa «¿Dónde está papá?» para «extender» sus brazos y sus dedos en gatillos.

Lo que importa con películas y realizaciones como No Other Land, es el significado político

que nos aporte. La película nos muestra diálogos ásperos, escasos, pero la realidad israelí actual es otra cosa. Israel tiene, por ejemplo, un ministro a cargo de las cárceles (Ben Gvir) que postula la matanza de presos; el Lavender que desnuda Abraham (en 2024, luego del 7 de octubre) está diseñado para matanzas colectivas, impersonales y evitar que algún soldado del «Ejército de Defensa» de Israel cargue sobre su conciencia alguna perturbación.

La máquina de exterminio de lo palestino avanza imperturbable y tan alejada de manos humanas, que satisface a los mandos, a los políticos... y a los mismos soldados.

Y mientras un ministro de la horda de Netanyahu, Miki Zohar, se queja que No Other Land «distorsiona la imagen de Israel ante el público internacional, difama a Israel en el escenario mundial», ni advierte ni quiere advertir que la difamación no es sino verismo; ahora superados por la expansión de atrocidades, cada vez más anónimas del ejército.

Abraham traiciona, sin querer, obviamente, la gravedad de su mismo mensaje y su labor periodística cuando reclama «el fin de la destrucción de Gaza y la liberación de rehenes israelíes». Es afectivamente comprensible su reclamo. Pero no podemos hablar de los rehenes israelíes (tomados como tales cuando la incursión palestina del 7 de octubre de 2023) como un fenómeno en sí, como un generador del conflicto, como lo asienta Abraham: Israel ejerce

desde hace décadas la política de tomar rehenes: miles de rehenes (en condiciones infinitamente peores) que Israel levanta, sistemáticamente, en las calles, en los sitios de trabajo, en hogares, y son internados, sin juicio, «administrativamente», por meses, años o décadas. Por décadas. ¿Acaso los judíos tienen «coronita»? ¿Cómo podemos reclamar el (justo) fin de tan odioso método sólo para judíos?

Todo el valiente y esclarecedor documental *No Other Land*, con toda la violencia que desnuda, la indiferencia sistemática de supremacistas militares israelíes destrozando baños, cocinas, techos, dormitorios; el uso de armas de fuego contra dueños de casa sin armas, atropellados y robados, el impedir hacer una escuela para los 600 niños de las aldeas vecinas, el discurso mismo de Basel Adra:

[...] película escrita por un colectivo palestino-israelí [...] mi esperanza para mi hija [tiene 2 meses] es que no tenga que vivir la misma vida que estoy viviendo yo ahora, siempre con miedo, siempre temiendo la violencia de los colonos, las demoliciones de los hogares y el desplazamiento forzado que mi comunidad Masafer Yatta vive y enfrenta cada día bajo la ocupación israelí que hemos soportado durante décadas mientras pedimos al mundo que tome medidas serias para detener la injusticia y frenar la limpieza étnica del pueblo palestino.

Los militares se burlan de Adra y Abraham y su periodismo

Este alegato ha sido históricamente a lo largo de años y décadas, persistente y valerosamente asumido por incontables palestinos, igualmente valerosos, como Emat Burnat (Cinco cámaras rotas), Ahed Tamimi e incluso otros humanos solidarios, no palestinos como Rachel Corrie, asesinada precisamente por ello.

Pero, desde el 7 de octubre de 2023, la *hybris* sionista perdió la paciencia, mediante la cual, la «redención» de la tierra les estaba demandando décadas (y costo político, porque los humanos generalmente resistimos la injusticia flagrante por más de señorial que se la invista) e Israel ha optado por: 1) el modelo «Conquista del Oeste» estadounidense; 2) la doctrina Hannibal (exclusividad racista del propio pueblo) y 3) el control mediático de «la» verdad. Así, ante el copamiento de Hamás y otras organizaciones de resistencia al sionismo, del 7 de octubre 2023, «justa indignación», como si «el artero ataque» proviniera en cielo sereno, tratando a sus protagonistas como de violadores de no sabemos qué paz.

Ya no estamos ante muertes puntuales, como en *No Other Land* sino ante muertes masivas y por doquier.

La situación de los gazatíes, y cada vez más de los palestinos en los territorios disputados, es ahora muchísimo peor que lo que trasluce el alegato de Adra que hemos espigado: ya no se trata de casas derribadas, de gente viviendo en cuevas sin siquiera agua corriente... en Gaza, el bombardeo masificado no produce ya desalojos sino muertes, no de combatientes sino de población civil en medio de los escombros de una artillería que deshace ciudades... Y ya no sólo en Gaza sino en Cisjordania o en Jerusalén.

En el momento actual, la documental palestino-israelí sustrae de las candilejas la monstruosidad que está pasando allí nomás a pocos kilómetros de Masafer Yatta. Allí, entre vecinos vemos un cartel: «Palestinians lives matter». Se entiende la intención; adueñarse de la consigna que los afroamericanos difundieron contra la violencia policial estadounidense. Me pregunto, empero, porqué la consigna no está en árabe, al menos en las tomas locales, las que no son for export.

-«Te llevan [detenido] y es una suerte de tortura emocional», dice Adra a propósito de la detención de su padre; el documental ilustra la coexistencia (forzosa) entre autos «amarillos», de israelíes y autos «verdes» (palestinos).

-Ante un ataque pide un palestino: «Dame una cebolla por los gases lacrimógenos».

-Una madre, desesperada por el hijo que fue baleado porque trataba de evitar que los soldados le robaran un generador, y ahora esta parapléjico, se pregunta qué hacer y si lo mejor no es que Allah se lleve a su hijo...

-Adra les grita, indignado: «Soldado: estoy filmando todo esto».

Pensemos estas situaciones, en los territorios gazatíes luego del 7 de octubre de 2023. Cuando los militares derriban todas o casi todas las edificaciones de las poblaciones gazatíes a veces con gente adentro, enterrada viva (a ese grado de degradación ha llegado el ejército «más moral del mundo»).

Estamos mucho peor de lo que nos muestra No other land. Como cultura humana. Como red mundial. La impunidad de Israel es manifiesta. Siempre hay gente, humanos de buen corazón y coraje civil. Hasta en la ONU. Honor a UNRWA, a Francesca Albanese, italiana, a Richard Falk, judío estadounidense (de la estirpe de los Benjamin Freedman, ayer y Max Blumenthal hoy), a Folke Bernadotte, sueco, el primer mediador del conflicto palestino-israelí, asesinado —por quien será guardaespaldas de Ben Gurión—, «gracias» a sus esfuerzos para lograr una solución justa dentro de la ONU.

Israel no rinde cuentas. Nadie — significativo— se las pide. Como explica un periodista lúcido: «Informes concluyen que Israel comete genocidio. Occidente bosteza».

Mientras las atrocidades cometidas antes por el sionismo ahora por Israel se ventilen en los premios Oscar, Israel seguirá impune.